

# La (in)definición de Acción Democrática

ARTURO SOSA A.

La elección de Jaime Lusinchi como candidato presidencial del partido y la algarabía producida por las pugnas internas de los copeyanos hacía aparecer a Acción Democrática como un partido reconciliado, unido, preparándose para un posible triunfo electoral en 1983. De repente la liebre salta por donde pocos esperaban. La Internacional Socialista decide suspender su reunión de Caracas por discrepancias entre sus miembros sobre quiénes deben ser los participantes en ella. En concreto, Acción Democrática, en carta firmada por Gonzalo Barrios y Carlos Andrés Pérez, opina que en la reunión de Caracas sólo deben estar presentes los miembros de la Internacional y no los observadores, entre ellos el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua.

¿Cambio de rumbo? ¿Se trata de un viraje de la Internacional Socialista en su conjunto? ¿Ha perdido su poder interno Carlos Andrés Pérez? ¿Hay un acuerdo concertado con la Democracia Cristiana en la política exterior venezolana que lleva a AD a cambiar sus posiciones respecto de Nicaragua?

Las reacciones no se hicieron esperar. A muchos los ha tomado de sorpresa. Otros, —por ejemplo, José Rodríguez Iturbe— han celebrado la vuelta de AD a la sensatez y cordura políticas. También hay quienes piensan que los adecos —¡por fin!— “se quitaron la careta” y empiezan a ser coherentes con lo que realmente son. Algunos comentaristas piensan que la estrategia electoral exige empezar a moderar algunas posiciones internacionales... etc. Intentamos, en estas líneas, entender estas divergencias en relación a la evaluación del camino que lleva la revolución sandinista y el apoyo condicional que se le debe prestar, en el marco de la lucha por la (re)definición de la propuesta política global de Acción Democrática, además de las tensiones internas de la Internacional Socialista.

## LA PUGNA POR LA DEFINICION

Como en cualquier organización que se tome en serio la democracia interna y la participación de sus miembros, en Acción Democrática existen tendencias, divergencias, diferencias de

opinión ... y no sólo en lo que a candidaturas presidenciales se refiere. Mucho más en una organización partidista que ha pasado ya de los cuarenta años y cuyas bases programáticas y políticas están siendo superadas por la dinámica de la realidad que ella misma ha contribuido a generar. No es un secreto para nadie que AD no se ha caracterizado por su producción ideológica. De allí que a la hora de plantearse la urgente renovación de su proyecto político, las dificultades sean realmente profundas y difíciles de superar.

Con ocasión del XL aniversario de AD hacíamos un análisis de la trayectoria política y programática de esa organización (véase SIC No. 433, marzo de 1981, págs. 107-109) y constatábamos un acuerdo interno en cuanto a la perentoria necesidad de renovar las tesis políticas del partido. Descubríamos, además, tres maneras o tendencias internas de concebir esa renovación: La primera propone una vuelta al pragmatismo reinante a los principios originales inspiradores del partido que llevarían a la realización de una Venezuela realmente democrática, nacionalista, popular y antimperialista. La segunda va un poco más allá: insistiendo también en la salida del pragmatismo, propone una adecuación de las tesis del partido a una Venezuela urbanizada, que ha dado los primeros pasos en la vía del desarrollo económico, y se plantea la necesidad de integrar a ese camino a los vastos sectores aún marginados, principalmente a través de la educación y la capacitación para incorporarse a este nuevo modelo socioeconómico. Esta tendencia pone el acento en la formación de cuadros jóvenes para la organización y en la modernización de todos los aspectos de la vida partidista y de la sociedad. La tercera, finalmente, propone una renovación total del proyecto político: se plantea un modelo basado en el capitalismo de Estado, con un fuerte sector privado y co-gestión obrera, pluralismo ideológico en las relaciones internacionales y una renovación del pensamiento político inspirada en las corrientes socialdemócratas. La relación de fuerza entre las tres corrientes es muy pareja. La desaparición de R. Betancourt abre ma-

yor campo a quienes plantean una renovación más global. La vinculación efectiva con la socialdemocracia proviene de esta tercera tendencia.

Igualmente las posiciones de respaldo a la revolución sandinista y al Frente Democrático Revolucionario salvadoreño. Sin embargo, el proceso de definición en AD está todavía muy crudo.

## SALTA LA LIEBRE

Acostumbrados a las claras tomas de posición en apoyo a la Revolución sandinista asumidas por Carlos Andrés Pérez, Carlos Canache Mata o José María Machín, etc., aparecía como extraña la petición de no admitir a la delegación sandinista en la reunión de la Internacional convocada para Caracas. Más extraña aún cuando uno de los puntos de la agenda era precisamente examinar la marcha del proceso en Nicaragua y las crecientes amenazas internas y externas. En un primer momento se sugirió que se trataba de posiciones de algunos partidos socialistas europeos que dudaban de la sinceridad democrática del proceso liderizado por los sandinistas. Sin embargo, las declaraciones de Manuel Peñalver, Secretario General de AD, que hablan de la necesidad de un deslinde entre el sandinismo de claras tendencias marxistas-leninistas-totalitarias y los partidos realmente democráticos como AD; y las declaraciones de los principales líderes europeos, indican que se trata principalmente de una pugna en Acción Democrática.

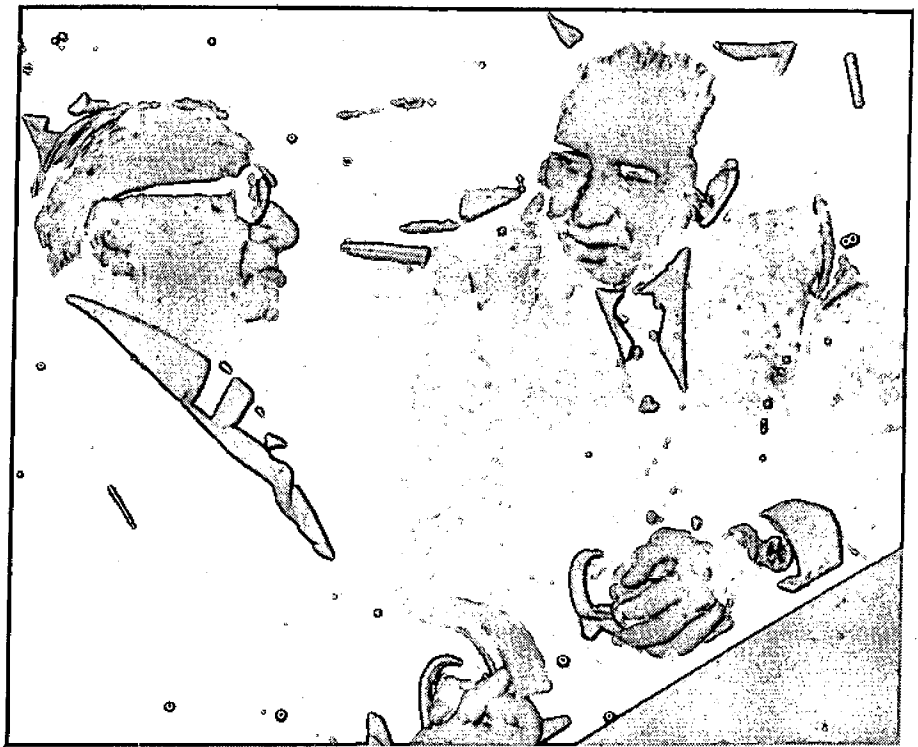
Las declaraciones de Peñalver responden a una de las tendencias internas del partido. Aunque su llegada a la Secretaría General es apoyada por todas las tendencias, su trayectoria y formación políticas los sitúan en la primera de las tendencias que señalábamos. Es muy probable que la perspectiva desde la que juzga Manuel Peñalver la compleja cuestión de las relaciones internacionales sea la llamada “doctrina Betancourt”. Desde esa óptica puede entenderse perfectamente el apoyo a la lucha contra Somoza —se trata de una dictadura— y también la desconfianza frente a un gobierno que no ha salido de las urnas electorales como la actual Junta de Re-

construcción Nacional de Nicaragua. Es, pues, explicable que para Peñalver la solicitud de C.A. Pérez y Barrios a la Internacional Socialista signifique el comienzo de un muy conveniente deslinde.

Las declaraciones del Secretario General dieron lugar a una fuerte controversia interna (sólo parte de ella pública). El comunicado emitido por el CEN de AD (en el que están bien representadas todas las tendencias y existe mayor sutileza respecto de la cuestión internacional) es claramente un "compromiso" entre los diversos puntos de vista. No reafirma la posición de M. Peñalver. Reconoce la existencia en el seno de la Internacional Socialista (¿y de AD?) de ciertas "preocupaciones" por algunas manifestaciones en el movimiento sandinista "que hacen presumir una tendencia contraria al pluralismo democrático". A renglón seguido recalca que el apoyo a Nicaragua está vinculado al proyecto original sandinista de economía mixta y pluralismo ideológico "sin que hasta ahora se haya llegado a una conclusión definitiva en los análisis de las comisiones encargadas del estudio de la materia". Igualmente el documento del CEN subraya que "Acción Democrática no propicia el aislamiento de Nicaragua y mucho menos una actitud hostil o intervencionista contra su revolución".

Carlos Andrés Pérez se abstuvo de declarar antes de la toma de posición del CEN. Evidentemente no está interesado en una polémica pública con otros miembros del partido. Prefiere sostener la imagen unitaria de AD y fortalecer su posición sin enfrentamientos que puedan disminuir su poder interno (es el único ex-Presidente del partido sobreviviente) y haciendo avanzar paso a paso la tercera tendencia que va haciendo de AD un partido ideológicamente vinculado con la socialdemocracia internacional. Pérez dio la batalla en el CEN y la posición oficial asumida por el partido es aceptable para su línea de apoyo al proyecto sandinista, y de estrechar lazos ideológicos y políticos con la socialdemocracia.

Con las cosas más claras dentro del partido, sucede el diálogo con los representantes de la Internacional Socialista: Felipe González, Secretario General del Partido Socialista Obrero Español; Lionel Jospin y Jacques Hutzinger, Secretario General y de Relaciones Internacionales respectivamente del Partido Socialista Francés; Marteen Van Trap, Secretario General del Partido Socialista Holandés y Bernt Carlsson, Secretario



Las tendencias no mueren

General de la Internacional Socialista. Se proclama oficialmente una convergencia entre AD y el resto de los miembros de la Internacional. Sin embargo, la posición expresada por Felipe González va más allá que el documento del CEN: "La economía nicaragüense es una economía mixta, el pluralismo en Nicaragua no existió durante la época de Somoza y ahora existe un clima de libertades relativamente mayor que el que existió entonces. La revolución es joven y al mismo tiempo está amenazada. Por tanto, incluso los errores que se pueden cometer hay que saberlos mirar en una óptica serena y distante para que no se produzcan errores en el planteamiento que uno haga" (El Nacional, 25-2-82, D-1).

Así pues, en el desarrollo de los acontecimientos se ponen de manifiesto las tensiones internas y predomina la tendencia a una mayor definición socialdemócrata.

### TENSIONES Y PRESIONES

La suspensión de la reunión de Caracas de la Internacional Socialista y la discusión en torno a la cuestión nicaragüense son una nueva manifestación de las tensiones existentes dentro de la Internacional misma y de Acción Democrática, y de las presiones recibidas desde otros centros de poder.

La Internacional es un "equilibrio inestable". Sus posiciones tienen

que ser revisadas y acordadas a cada momento. La lucha contra la Democracia Cristiana por la hegemonía en el bloque occidental, las posiciones de la administración Reagan, los cambios de rumbo de los partidos comunistas y los movimientos socialistas no afiliados a ella, obligan a una constante flexibilidad en medio de un permanente peligro de romper el consenso mínimo para la subsistencia de la asociación.

Igualmente sucede con AD. Su participación en la Internacional es vista de forma distinta por las diferentes corrientes internas. De igual modo su apoyo a la revolución sandinista está sujeto a condiciones diversas. Es un apoyo que en todo caso está dirigido a presionar sobre el modelo nicaragüense. Tanto para los adecos como para el resto de los miembros de la Internacional Socialista el objetivo político del respaldo al sandinismo tiende a evitar su "radicalización", es decir, su incorporación definitiva a la órbita cubano-soviética, a asegurar una forma de "democracia social" que mantenga la economía mixta, o sea, que no se salga de los marcos del sistema capitalista occidental aunque se organicen formas de distribución y producción más socializadas y "populares". Igualmente, ese apoyo va dirigido a evitar la influencia y el predominio de las corrientes más liberales y democratacristianas y un posible repunte de aque-

llas fuerzas internas que llevarían a Nicaragua a convertirse en una sociedad controlada por los sectores comerciales e industriales de su incipiente y elitescas burguesía.

El proyecto socialdemócrata para Nicaragua consistiría en la creación de un capitalismo de estado —para eso nada mejor que la dirección sandinista— que enrumbe el país por la vía de la industrialización basada en la producción del campo, con un sistema equitativo, de distribución de la riqueza y que garantice un espacio para la iniciativa privada. Ese modelo podría perfectamente vincularse con el comercio, la banca y los centros de producción occidentales. Se realizaría así aquello con lo que la socialdemocracia siempre ha soñado: una revolución en libertad que inicia un camino seguro al "socialismo de rostro humano".

Pero, las cosas no son tan fáciles ni bellas. Esa propuesta no es compartida por todas las tendencias dentro de AD. Probablemente para la mayoría dentro de este partido bastaría con que el Frente Sandinista convocara elecciones y respetara sus resultados, se constituyera todo el aparato de la democracia representativa y ésta se fortaleciera de tal manera que se evitaran las dictaduras de signo somocista o militar. Un sistema político así sería el mejor "aliado" para Venezuela y un nuevo mercado para su expansión económica y política en la región. Sólo una minoría dentro de AD impulsaría el modelo socialdemócrata en su conjunto, pero siempre pretendiendo un cierto control sobre el proceso.

Por otra parte, el sandinismo no es ni ideológica ni políticamente un movimiento socialdemócrata. Sus pretensiones van más lejos. Su objetivo es organizar en Nicaragua un modo de producción socialista y una democracia auténticamente popular, es decir, que parta de una vasta y compleja organización del pueblo en todos los niveles de la vida social. Esto supone una difícil transformación de las estructuras económicas, políticas y sociales existentes en la sociedad nicaragüense. Su primera fase pasa por la necesidad de reconstruir el aparato productivo, hacerlo crecer y de componer un tejido social que sea la base de la organización socialista. De allí, que no se vea como una primera prioridad la realización de elecciones. Antes es necesario preparar las condiciones económicas y las organizaciones sociales que aseguren el control del pueblo sobre las relaciones de la

sociedad. No se persigue únicamente evitar una dictadura, sino también una democracia que sea mero instrumento de algunos sectores de la sociedad y que pueda ser utilizada para restablecer relaciones de explotación de las mayorías. La actual dirección sandinista necesita el apoyo de la socialdemocracia, pero no puede subordinar su propio proyecto político a ella.

En relación a la posición de Acción Democrática hay otros dos factores que no podemos olvidar: las elecciones nacionales y la presión directa de los Estados Unidos. Además de las diferencias internas ya señaladas hay que recordar las condiciones de Venezuela. AD ha ganado elecciones y gobernado el país a costa de rebajar o diluir sus pretensiones populares e incluso populistas. El "pacto social" venezolano no admite demasiadas veleidades socializantes. Una buena parte del precio de ganar las elecciones en Venezuela es dar seguridad ideológica a un sistema democrático claramente capitalista y desarrollista en el que han sido conjuradas todas las posibilidades inmediatas de socialización real a corto plazo y en el que el apelativo de "revolucionario", "socialista" o "comunista" es un estigma descalificador. AD tiene fuertes probabilidades de ganar las elecciones de 1983. Debe, sin embargo, enfrentar a un candidato copeyano del que no cabe la menor sospecha de tipo ideológico. Será un hombre de probado anti-comunismo y de posiciones inequívocas frente a los procesos de los países centroamericanos. AD no puede sobrepasar los límites de este terreno, tiene que moderar su posición en política exterior y ofrecer seguridad a un país que entra en un momento difícil, y al que podría "asustar" hasta una propuesta socialdemócrata coherente.

A esto se suma la presión norteamericana. No se trata de llamadas telefónicas desde Washington a Gonzalo Barrios o Carlos Andrés Pérez, sino de una realidad mucho más compleja. Centroamérica es "zona de seguridad" inmediata de los Estados Unidos y de Venezuela en cuanto está incorporada a un sistema de relaciones económicas, políticas e internacionales donde Norteamérica es la columna vertebral. Mantener esa zona de seguridad supone unos límites fijos en cuanto a las reformas, los apoyos, etc. que se puedan hacer. Quien pretenda traspasar esos límites pierde la confianza de los Estados Unidos y de todos los países que forman este complejo conjunto "americano".

La sensación de que los norteamericanos piensan que ya se está llegando al límite de tolerancia en el proceso centroamericano es cada vez más fuerte. Y no se trata sólo del "retrogradismo" de Reagan o la "dureza" de Haig. Es el conjunto de la sociedad norteamericana la que se siente amenazada y que hace que las posibles reacciones sean imprevisibles. AD tiene que tomar en cuenta esto en una forma mucho más inmediata y directa que los partidos socialdemócratas europeos cuyo reajuste de relaciones con los Estados Unidos es distinto.

## LA (IN)DEFINICION SIGUE

Esta interpretación de los hechos nos lleva a concluir que el problema de fondo no es ni la evaluación del proceso nicaragüense, ni cuál va a ser el tipo de relación a establecer con los sandinistas. Esa evaluación no se separa mucho de la que hacen los mismos copeyanos. Los hechos citados como "preocupantes" —encarcelamiento de empresarios vinculados a acciones contrarrevolucionarias, cierre temporal del diario La Prensa, compra de armas para el Ejército Sandinista— no hay que tomarlos demasiado en serio en un partido acostumbrado a pasar sobre cualquier institucionalidad a la hora de mantener su hegemonía sindical (casos como el de SUTISS son normales, aunque menos escandalosos) y que cuando ha sido gobierno no ha tenido ningún problema en boicotear a los medios de comunicación que se le oponían (¡quien tenga memoria que la use!). La relación con Nicaragua estará subordinada a la definición interna del partido, el grado de incorporación que se mantenga con la Internacional Socialista y a la coyuntura electoral. Así es la política y no de otra manera.

Más cercano es el problema de la definición política del proyecto renovado del partido. Su necesidad no se pone en duda. Su oportunidad es el dilema para quienes plantean una renovación hacia la socialdemocracia. ¿Cómo dar ese paso sin arriesgar la división del partido y sin perder posibilidades electorales en un país cada vez más asustado frente a cualquier propuesta de carácter socializador?

La indefinición puede ser una necesidad en la actual coyuntura de AD. Aunque no podemos dejar de hacernos una pregunta fundamental: ¿Es realmente posible la vigencia de un partido socialdemócrata consecuente en Venezuela? ¿Puede Acción Democrática correr el riesgo de convertirse en él?